

www.elboomeran.com

CÓMO HACER LA REVOLUCIÓN

SRDJA POPOVIĆ
CON LA COLABORACIÓN
DE MATTHEW MILLER

CÓMO HACER LA REVOLUCIÓN

INSTRUCCIONES
PARA CAMBIAR EL MUNDO

TRADUCCIÓN DE ANA NUÑO
Y PILAR GARCÍA-ROMEU

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

Dedico este libro a los amigos que me han apoyado y han hecho suya mi causa, participando en esta insólita misión con agitadores de muchos países, y a mi hijito, Moma, a quien (por puro egoísmo) espero que sepamos dejarle un mundo mejor.

PRÓLOGO

Éste es un libro sobre revoluciones.

Pero no sobre revoluciones violentas, ésas que suelen acabar empapadas con la sangre de personas inocentes, tampoco sobre las impulsadas por pequeñas bandas de fanáticos: si quieren saber cómo funcionan las primeras basta con sentarse a leer una buena biografía de Lenin. No, éste es un libro sobre el tipo de revueltas que han estallado últimamente en buena parte del globo, desde la plaza Tahrir de El Cairo hasta el movimiento Ocupa Wall Street. Un libro sobre revoluciones protagonizadas por personas normales y corrientes, grupos que piensan de manera creativa porque creen que uniéndose y operando de esta manera serán capaces de derrocar dictaduras y corregir injusticias.

Me considero afortunado por contarme entre estos rebeldes ordinarios. Gracias a ello he podido emprender un viaje personal insólito, que me llevó de ser el bajista más bien pasota de un grupo de Belgrado a convertirme en uno de los líderes de Otpor!,

el movimiento pacífico que derrocó al dictador Slobodan Milošević. Tras una breve temporada como diputado del Parlamento serbio, ahora trabajo como amigo y consultor para toda clase de movimientos, grandes y pequeños, en cualquier parte del mundo, que quieran aplicar los principios de la acción no violenta para oponerse a la opresión y alcanzar la libertad, la democracia y la felicidad. Pero no temáis, este libro no es una crónica de mis andanzas, sino una suerte de inventario de las muchas cosas que he aprendido trabajando con activistas de Siria a Ucrania, de las grandes ideas y pequeñas tácticas que hacen que lo que me gusta llamar «el poder de la gente» sea una fuerza tan arrolladora. Y como no soy un gran intelectual, prefiero comunicar toda esa información no a través de datos fríos y complejas teorías, sino contando las experiencias de individuos y movimientos notables, los retos que tuvieron que afrontar y las lecciones que aprendieron.

En este libro pueden distinguirse dos partes. En la primera hallaréis numerosos ejemplos que muestran el verdadero rostro del activismo no violento que se despliega actualmente en todo el mundo, así como los principales rasgos que contribuyen al éxito de los movimientos que pretenden alcanzar un cambio social. En la segunda parte doy algunos consejos prácticos para hacer buen uso de dichas técnicas no violentas. Espero que estas evocaciones y estos ejemplos sean de interés para vuestros propios

propósitos y estimulen vuestra imaginación. Por la propia naturaleza de lo aquí contado, algunas de las anécdotas referidas están protagonizadas por personas que aún hoy podrían correr peligro si llegaran a conocerse las verdaderas funciones que ejercieron en sus respectivos movimientos, razón por la cual he procurado ser muy cuidadoso al consignar dichas acciones; esto explica por qué, en esos casos, nombres y otros datos personales que pudieran facilitar la identificación de esas personas han sido alterados. En algunas historias me he tomado la libertad de sintetizar situaciones muy complejas reduciéndolas a lo esencial, razón por la cual ofrezco desde ahora mis más sentidas disculpas a expertos y pedantes.

Las ideas y vivencias que componen este libro no sólo aspiran a ser comprendidas, sino también sentidas. Como con un buen disco de rock, su objetivo es hacer que os pongáis en pie y os animéis a moveros. Con ellas, lo que pretendo sobre todo es convenceros de que por más que los tiranos de todo pelaje y condición, desde los uniformados gorilas hasta las troikas en pleno, puedan pareceros invencibles, a veces basta con un poco de humor para acabar con sus abusos.

ESO NO PUEDE PASAR AQUÍ



El símbolo de Ot-
por! en un muro de
Belgrado durante el
otoño de 1998.

Dudo que Belgrado, mi bella ciudad natal, figure en vuestra lista de los diez lugares que hay que visitar antes de morir. Más allá de la violencia de algunos barrios concretos, lo cierto es que los serbios no tenemos precisamente fama de pacíficos angelitos. Buena prueba

de ello es que, no contentos con ponerle a una importante calle de la ciudad el nombre de Gavrilo Princip, aquel tipo acusado de desatar la Primera Guerra Mundial, también hemos bautizado otra calle con el de su pandilla de revolucionarios. Por no mentar a nuestro íncrito dictador, Slobodan Milošević, un maniaco que obsequió al mundo con esa infamia llamada «limpieza étnica», genocidio que desató nada menos que cuatro desastrosas guerras con sus vecinos en los años noventa, y que no descansó hasta conseguir que la OTAN rociara de bombas la ciudad y la devastara. Pero, aunque parezca extraño, nada de esto pareció importarle a un grupo de quince egipcios que en junio de 2009 viajaron a Belgrado, probablemente porque lo último que andaban buscando era un tranquilo balneario donde veranear. De hecho, viajaron a Belgrado porque querían planear una revolución.

Con tan peculiar agenda, se comprenderá que el primer lugar que los llevé a visitar fuera precisamente el último que enseñaría a cualquier otro visitante: la Plaza de la República. Para haceros una idea del aspecto que ofrece este rincón cochambroso y sin gracia de la ciudad, imaginemos que alguien tuviera la brillante de idea de hacer un Times Square pero mucho más pequeño, sin un ápice de la energía del original, sin un solo neón a la vista, pero, eso sí, con el mismo tráfico y la misma mugre. Los egipcios, por descontado, ni se inmutaron. Como lo único que les importaba era derrocar a su propio dictador, Hosni Mubarak, aquella

Plaza de la República, a sus ojos, más que una trampa para turistas incautos representaba la zona cero de un movimiento iniciado por un grupito de jóvenes normales y corrientes que fue creciendo hasta convertirse en una arrolladora fuerza política capaz de hacer realidad lo impensable: derrocar a Milošević. Como yo había sido uno de los líderes de aquel grupúsculo, mis amigos egipcios esperaban aprender algo de la experiencia serbia.

Llevé al grupo a una esquina tranquila, lejos de los cafés bulliciosos y sus exhaustos camareros, y empecé a darles mi pequeña charla. «Érase una vez —dije mientras señalaba todas aquellas tiendas de bienes suntuarios (Armani, Burberry, Max Mara) que ahora rodean la Plaza de la República— un país donde la inflación era tan terrible que en sólo un año el precio de dos libras de patatas pasó de cuatro mil dinares a diecisiete mil millones. Para colmo, en ese país llamado Serbia resulta que estábamos en guerra con la vecina Croacia, y quien se atrevía a denunciar la desastrosa política responsable del colapso económico del país y la inseguridad reinante tenía garantizada su detención y una paliza o algo peor. En 1992, yo estudiaba primer año de Biología y el futuro se nos presentaba a los serbios muy pero que muy negro.»

—Conocemos muy bien esa sensación... —dijo riendo uno de los chicos egipcios

A medida que avanzaba en mi relato, los egipcios asentían con la cabeza.

—Ante el terror desatado por Milošević —seguí—, la respuesta natural, al menos inicialmente, era la apatía. La verdad es que mis amigos y yo no éramos la clase de gente capaz de imaginarnos a la cabeza de un movimiento o de hacer política. Éramos jóvenes universitarios con las mismas aficiones que otros jóvenes como nosotros en todo el mundo: acostarnos lo más tarde posible, beber todo lo que el cuerpo aguantara y ligar sin cortapisas. Si entonces me hubiesen preguntado qué tenía que pasar para que yo saliera de casa y viniera aquí, a la Plaza de la República, nunca habría dicho que una manifestación de protesta. El motivo más razonable habría sido un concierto de rock.

Desde aquel rincón apartado de la plaza trataba de explicarles a mis amigos egipcios por qué me encantaba Rimtutituki (una banda cuyo nombre, que parece un estribillo musical, significa, en traducción libre, «te meto la polla») mientras me decía que ojalá las tres o cuatro mujeres del grupo cubiertas con el hiyab, el tradicional velo de las musulmanas creyentes, no se sintieran ofendidas. En 1992, aquella banda era lo que más molaba en la ciudad: una panda de bravucones tocando la guitarra a un ritmo vertiginoso que se habían hecho famosos por sus letras provocadoras. Casi nunca daban conciertos gratuitos; pero, cuando lo hacían, mis amigos y yo nos saltábamos la clase e íbamos a la Plaza de la República a ver a nuestros ídolos en acción.

Hasta que un buen día hicieron algo que nos impactó. Esa vez, los miembros de Rimtutituki entraron en la plaza subidos a un camión plataforma. Parecían generales en campaña, no músicos punkis. Sin bajarse del camión, dieron vueltas a la plaza tocando una selección de sus canciones más populares, con letras que decían cosas como «cuando disparo no puedo follar» o «bajo el casco no hay sesera». No había que ser un genio para comprender la alusión: estábamos en plena guerra y la ciudad era un hervidero de soldados y tanques de camino al frente. El caso es que ahí estaban esos punkis burlándose del militarismo desatado, clamando contra la guerra, defendiendo un modo de vida normal y corriente y la felicidad. Y todo ello en plena dictadura, cuando por largar en público ese tipo de consignas podías meterte en un lío tremendo.

Mientras corría detrás del camión, animando a mis músicos favoritos, me sobrevino una serie de revelaciones. Comprendí, para empezar, que el activismo no tenía por qué ser un coñazo, que quizá si adoptara la forma de un concierto punk sería mucho más efectivo que las latosas manifestaciones de toda la vida. También comprendí que aun en las circunstancias más adversas, siempre es posible atraer la atención de la gente. Y, por último, comprendí que si movilizas a un número importante de personas y consigues que muchas de ellas se sientan capaces de hacer algo, inevitablemente se producirá algún cam-

bio. Por descontado, todas estas cosas no las comprendí al instante, me costó años llegar hasta el fondo de lo que sentí aquella tarde en la Plaza de la República, ver la lógica que había detrás de mis intuiciones y transformarlas en acciones, pero lo cierto era que había vislumbrado la posibilidad de una acción no violenta que, a la par que atractiva, fuera productiva. Después de aquella constatación me fue imposible volver a mi estado natural de apatía. Mis amigos y yo comprendimos que debíamos hacer algo para derrocar a Milošević.

Hay que reconocer que este individuo se empeñaba en darnos todo tipo de razones para alimentar nuestra rabia. En 1996 se negó a aceptar los resultados de unas elecciones parlamentarias en las que muchos de los matones de su partido habían perdido sus escaños a favor de miembros de la oposición, y, cuando los activistas salieron a la calle a protestar, había dado órdenes a la policía de machacarlos. En 1998 había dado otro paso más en el establecimiento de la dictadura total, al anunciar que su Gobierno se hacía con el control absoluto de todas las competencias, desde las académicas hasta las administrativas, en las seis universidades del país. Aquello era más de lo que mis amigos y yo estábamos dispuestos a tolerar. Reunidos en nuestros pisitos de Belgrado, entre nubes de tabaco, decidimos que había llegado la hora de fundar un movimiento.

Lo llamamos *Otpor!*, que significa «resistencia».

El logo era un simpático puño negro, variación de un potente símbolo de cambio social que ha sido utilizado en todo el mundo, desde los partisanos que lucharon contra los nazis en Yugoslavia en la Segunda Guerra Mundial hasta los Panteras Negras en los años sesenta. El nuestro estaba basado en un diseño que mi mejor amigo, Duda Petrović, garabateó un día en un pedazo de papel para impresionar a una chica de nuestro movimiento. Y era perfecto, tenía la dosis justa de atrevimiento.

—Ya sé que esto de hablar de logos puede parecer frívolo —proseguí dirigiéndome al grupo de egipcios—, pero para nosotros era importante contar con una imagen de marca. Así como al ver la ola rojiblanca todo el mundo reconoce el símbolo de Coca-Cola, nosotros queríamos una imagen que los serbios asociaran automáticamente con nuestro movimiento. Además, por aquel entonces estábamos empezando y sabíamos que aun arrastrando a todos nuestros amigos y familiares a una marcha de apoyo, a duras penas conseguiríamos reunir a más de treinta personas. Sí podíamos, en cambio, pintar con espray trescientos puños en una sola noche. Así que una mañana de noviembre los habitantes de Belgrado descubrieron la Plaza de la República cubierta con nuestros grafitis. En aquel momento, cuando todos sentían pavor de Milošević, la gente comprendió que un movimiento potente y organizado comenzaba a tomar forma clandestinamente.

Y, en efecto, el movimiento cobró cuerpo.

Los jóvenes veían el puño y la palabra *resistencia* pintados en los muros y, lógicamente, sentían curiosidad por esa nueva moda. Hacían preguntas, querían afiliarse. Para filtrar a los farsantes, a los parásitos y, sobre todo, a potenciales chivatos a sueldo de la policía, hacíamos un test: para demostrar que iban en serio, debían ir personalmente a pintar puños en los lugares que les indicáramos. Al cabo de poco tiempo, toda la ciudad estuvo tapizada con nuestro símbolo. De paso, la experiencia nos sirvió para reclutar a un pequeño grupo muy motivado y firmemente convencido de que un cambio de régimen era posible.

Una vez reclutado ese núcleo de seguidores, nos planteamos muy en serio qué tipo de movimiento queríamos construir. Lo primero que tuvimos claro es que debía ser un movimiento no violento. Y no sólo porque creíamos a pies juntillas en las soluciones pacíficas, sino porque intuíamos que utilizar la violencia contra un tío que mandaba sobre decenas de miles de policías, cientos de miles de soldados y a saber cuántos matones a sueldo no parecía una idea especialmente brillante. No podíamos subir al cuadrilátero con Milošević, pero sí impulsar un movimiento tan fuerte y popular que al dictador no le quedase más remedio que reconocer su existencia, aceptar elecciones libres y abiertas y ser derrotado en las urnas.

También fue de suma importancia la decisión de que Otpor! no fuera un movimiento con líderes ca-

rismáticos. En parte, al menos, llegamos a ella por razones prácticas: sabíamos que en cuanto tuviésemos algo de fuerza, la policía vendría por nosotros y sería más difícil arrancar de cuajo un movimiento sin cabecillas conocidos. Por cada uno que arrestaran, pensábamos, otros quince estarían dispuestos a ocupar su lugar. Pero como teníamos que ser muy astutos para que no nos pillaran, ideamos toda una gama de enfrentamientos con el régimen que eran a la vez puntuales y creativos. Nuestro modelo fue aquel concierto de Rimtutituki y el espíritu que lo animaba: transmitir la esperanza de que resistir no era algo inútil y de que la victoria estaba al alcance de la mano.

Apunté a la otra esquina de la plaza y les pedí a los egipcios que se fijaran, justo detrás de la parada de taxis forrada de cristal negro, en una galería comercial de los años ochenta, achaparrada y ahora desierta: en aquel lugar fui arrestado, el 15 de diciembre de 1998, por la policía política de Milošević. Era una mañana gélida. Otpor! existía desde hacía tres meses, pero ya teníamos suficiente empuje y simpatizantes para convocar una pequeña protesta a dos pasos de la Plaza de la República. El caso es que ese día no pude llegar al punto de encuentro: cuando me dirigía a él, los policías se me echaron encima. Me llevaron a rastras hasta una celda a pocos minutos de allí, que apestaba a orines, donde me dieron una paliza que me pareció durar una eternidad. Las muchas capas de ropa que llevaba encima, por suer-

te, amortiguaron los puntapiés que me dieron con sus pesadas botas. Acabaron por soltarme, claro, pero a uno de los polis le dio tiempo a meterme en la boca su pistola mientras me decía que era una lástima que no estuviéramos en Irak para volarme los sesos sin más.

Los egipcios parecieron animarse. El relato de las palizas y la pistola les recordó a su país y la conocida ferocidad de las fuerzas de seguridad de Mubarak, pero su consuelo era que los serbios también habíamos salido de experiencias similares... Entre los egipcios había un intelectual, un joven con aspecto poco atlético y gafas de montura metálica. La policía política de Mubarak tenía especial ojeriza a los estudiantes y, por la reacción de aquel joven egipcio, era fácil deducir que había tenido encontronazos semejantes con los polis. Dirigiéndome a él, retomé el relato de los inicios de Otpor! y del extraño fenómeno que se produjo a medida que nos hacíamos más populares: cuanto más se esforzaba la policía en alejarnos de la Plaza de la República, más empeño poníamos en reunirnos allí.

Una vez asentada y conocida la marca Otpor!, nuestras pequeñas manifestaciones se convirtieron en las fiestas más populares de la ciudad. Quien no había asistido a una de ellas era casi un apestado, un pobre tipo sin vida social. Y lo más *cool* de todo, desde luego, era acabar detenido y encerrado en una celda, toda una marca de valentía e intrepidez, lo cual revertía, claro, en tu atractivo sexual. En pocas

semanas, hasta los más tímidos y empollones (los ratones de biblioteca que llevaban plásticos protectores en los bolsillos para no mancharse de tinta y exhibían con orgullo su calculadora gráfica en las aulas) entraban a empujones en los furgones de la policía por la noche, y al día siguiente ya estaban ligando con las jóvenes más atractivas de su clase.

Llegado a este punto, comprendí que mis palabras eran recibidas con cierto escepticismo. Me detuve y le pregunté al intelectual de las gafas si esas cosas también sucedían en su país. Sin dudar, dijo que no. En El Cairo, añadió con autoridad, cuando se trata de la policía secreta de Mubarak nadie quiere verse en el lado equivocado. Tenía razón, desde luego. El más brutal esbirro de Milošević parecía un hada madrina, comparado con los carceleros de Mubarak. Pero en la Plaza de la República regía un principio universal que quería compartir con ellos y que tenía muy poco que ver con el grado de brutalidad de la policía política en nuestros respectivos países. Quería que mis amigos egipcios comprendieran algo mucho más simple, pero también más radical: la importancia del humor.

Los activistas no violentos suelen mencionar a Gandhi o a Martin Luther King Jr., por ejemplo, como modelos y guías, pero es innegable que estos personajes, pese a sus incontables virtudes, tenían poca gracia. Quien quiera lanzar un movimiento de masas en poco tiempo, y más en la era de Internet

y otras distracciones, tiene que adoptar el humor como estrategia maestra. Así, avanzando lentamente por la Plaza de la República, fui contándoles a los egipcios que Otpor! hacía muchísimo teatro de calle, que nunca habíamos hecho nada que destacara por su alto contenido político porque la política es aburrida y queríamos que todo fuera divertido y, lo que nos parecía más importante, que tuviera gracia. En sus inicios, les dije, el arma más contundente de Otpor! contra el régimen fue la risa. La dictadura de Milošević se alimentaba sobre todo del miedo. Miedo del vecino, de la vigilancia, de la policía. Miedo de todo. Pero por haber vivido tanto tiempo con miedo, los serbios aprendimos que la mejor manera de luchar contra él es mediante el humor y la risa. Si esto parece absurdo, preguntaos qué haríais para tranquilizar a un amigo que estuviera a punto de entrar en el quirófano y someterse a una intervención de cirugía mayor. Si le habláis con toda gravedad y ponéis cara de preocupación, se sentirá más angustiado, pero si le contáis un chiste se relajará y hasta es posible que sonría. Pues exactamente el mismo principio funciona con los movimientos sociales.

Lo mejor de lanzar este tipo de movimientos es que te ves obligado a responder a la pregunta: ¿qué se puede hacer para que la espantosa vida bajo un régimen despótico sea divertida? Nuestros héroes eran los Monty Python, así que, como ellos, decidimos juntar nuestras cabecitas hasta que de ellas sa-

lieran ideas de activismo fáciles de llevar a la práctica y pegadizas, ideas que surtieran el efecto deseado. En un acto contra Milošević, por ejemplo, unos activistas de Otpor! del pueblo serbio de Kragujevac cogieron flores blancas (aquellas flores simbolizaban a la despreciable esposa del dictador, que tenía la costumbre de llevar siempre una flor de adorno en el pelo) y las fijaron sobre la cabeza de unos pavos. Hay que saber que la palabra que sirve para designar un pavo en nuestra lengua es también uno de los peores insultos machistas que puedan decirse contra una mujer. Y tan pronto lucieron bien emperifollados con sus florecitas blancas, se soltó a aquella bandada de pavos por las calles de Kragujevac, cuyos habitantes asistieron al desternillante espectáculo de los feroces policías de Milošević chocando entre sí al correr detrás de aquellos animales que dando graznidos recorrieron todo el pueblo. Lo mejor de todo fue que los polis no podían hacer otra cosa, ya que dejar que los pavos corretearan a su antojo constituía una prueba de que la insubordinación de Otpor! podía ser tolerada. Ahora bien, quien alguna vez haya visto a un fornido policía persiguiendo a un pavo como si de un personaje de una vieja serie de dibujos animados se tratara, ¿podrá volver a sentir miedo de él? Éste es un ejemplo de lo que en Otpor! llamábamos «acción creativa». En este caso, una acción capaz de convertir a las fuerzas del orden en objeto de mofa ante un público com-

puesto por trabajadores que a esa hora tan temprana salen para tomar el tren de cercanías y de una alegre tropa de periodistas invitados a hacer fotografías de la escena. Y, para hacerla realidad, sólo hizo falta una granja avícola y un poco de imaginación.

Advertí entonces, después de haberles contado más historias de Otpor! todo aquel día, que los activistas egipcios seguían abrigando muchas dudas. Los más religiosos tomaban nota de todo aquello que, en su opinión, no encajaría en El Cairo. En esa ciudad, por ejemplo, un café es un lugar donde se sientan a beber té y fumar narguile hombres rollizos, no muchachas en *tops* y *shorts* para beber cerveza con su novio a la vista de todos. Para estos activistas religiosos, la Plaza de la República era un lugar muy extraño, y mi cháchara sobre bandas de música punk y pavos correteando y gente burlándose de la policía en su cara, un sueño inalcanzable.

Los llevé a pasear por las cercanías de la plaza, por la principal arteria comercial de la ciudad. Trazada entre hileras de bellos edificios del siglo XIX, cuya erección se remonta a la época en que Belgrado formaba parte del Imperio austrohúngaro. Las cúpulas y columnas, los balcones de hierro forjado con motivos ornamentales, todo aquello contribuía a remachar para los egipcios la idea de que aquello era Europa y nada de lo que aquí sucediera podría funcionar a orillas del Nilo. Su perplejidad no me sorprendía en absoluto. Había vivido situaciones pare-

cidas con otros activistas que iban hasta Serbia en busca de consejo. Viajaban miles de kilómetros para reunirse con los veteranos de Otpor! y nosotros les dábamos animadas charlas sobre cómo gastar una broma colosal. Sentí que los egipcios comenzaban a sospechar que estaban siendo objeto de una de ellas.

Y, aun así, seguro que algún eco les había llegado de las protestas que tuvieron lugar en esa misma plaza. Quizá movido por la desesperación, pero en todo caso sin indicación alguna por parte de nadie, uno de los egipcios comenzó a lanzar consignas políticas, gritando a voz en cuello en medio de las terrazas atestadas de camareros y turistas.

—¡Egipto libre! ¡Egipto libre! ¡Abajo Mubarak!

Así, de pronto, con el rostro congestionado, gritando a todo pulmón. Segundos después, sus compañeros se sumaron a la improvisada protesta co-reando cánticos. «Vaya, menos mal —pensé—, al menos ahora sé que están vivos.» Allí estaban, disfrutando de la libertad, perfectamente inconcebible aún en El Cairo, de vocear su descontento en la calle. Nuestro ruidoso grupito fue recibido con alguna que otra cara de asombro, y unos policías se acercaron a preguntarnos educadamente si pasaba algo. Aquellos agentes parecían tan sorprendidos por el comportamiento de mis amigos como los egipcios se habían mostrado desconcertados por nuestras historias.

Como la visita acababa de empezar y quedaban muchos días por delante, traté de no preocuparme

por la chocante actitud de aquel grupo. Necesitaban tiempo para aclimatarse, pensé, y Otpor! practicaba un tipo de *agit-prop* que estaba a años luz de la popular estampa de los revolucionarios al uso. Lo nuestro no era fruncir el ceño a lo Lenin o Marx, también rechazábamos tajantemente las prédicas sanguinarias al estilo de Mao o Arafat. Los egipcios estaban en terreno ignoto para ellos y tal vez necesitaran conocerlo un poco mejor. Para el resto de las actividades programadas, habíamos reservado unas habitaciones en un hotel a orillas del lago Palić, es decir, pasaríamos las semanas siguientes en la versión serbia de Suiza, en un paisaje espectacular salpicado de casitas de mazapán pintadas con colores pastel.

Al día siguiente, en el salón de actos del hotel, empezó el taller con los egipcios. Aquel espacio era un lugar sin pretensiones, más bien modesto, pero eso no tenía la menor importancia: no estábamos allí de vacaciones. Antes de empezar, compartimos un copioso desayuno serbio (pastelillos de queso y yogur), y los quince egipcios salieron a la terraza a fumar, en tiempo récord, varias cajetillas de cigarrillos. No pude evitar una sonrisa: en los tiempos de activismo de Otpor!, también yo fumaba como un descosido; para soportar el estrés de enfrentarnos a nuestro dictador, era capaz de cepillarme cincuenta cigarrillos o más al día. Cuando acabaron de encender y apagar cigarrillos, corrimos las pesadas cortinas y nos pusimos a trabajar. En el exterior, los

clientes chapoteaban en la piscina, charlaban en la terraza del hotel y pedían cucuruchos con helado mientras nosotros, encerrados en aquel salón, hablábamos de la revolución.

Me puse de pie delante de los egipcios, sentados todos en semicírculo. Lo primero que hice fue preguntarles qué les había parecido la visita a la Plaza de la República y las historias sobre la revolución serbia que les habíamos contado. Quería saber qué opinaban realmente de la resistencia no violenta que habíamos utilizado contra Milošević, la misma que queríamos proponerles utilizar en Egipto.

Una mano se alzó casi inmediatamente. Se trataba de Mohammed Adel, un grandullón de mirada dulce con aspecto de oso de peluche. Adel era el líder del Movimiento 6 de Abril, el grupo no violento mejor organizado de El Cairo. Teníamos a un traductor para ayudarnos con el árabe, una lengua que ninguno de nosotros hablaba, pero era fácil adivinar lo que Mohammed se disponía a decir. De hecho, en cuanto abrió la boca vi que mi colega Sandra, que había tomado asiento algo alejada del grupo, esbozaba una sonrisa cómplice. Había pasado el día con los egipcios en Belgrado y tenía suficiente experiencia para saber lo que se avecinaba.

—Srdja —dijo Mohammed sin rodeos—, estamos muy impresionados con lo sucedido en Serbia, pero Egipto es muy diferente. Jamás pasará allí nada remotamente parecido.

Su pesimismo no sorprendió a nadie. «Eso no puede pasar aquí» era lo primero que todos decían. Le dije a Mohammed que comprendía sus dudas, que los activistas no violentos de Georgia, por ejemplo, tuvieron esa misma reacción cuando se reunieron en Tiflis con un grupito de jóvenes serbios, poco antes de que ellos mismos se mostraran capaces de derrocar la dictadura de su país, en la Revolución de las Rosas de 2003, sirviéndose de los métodos de Otpor! También había oído argumentos parecidos en boca de los ucranianos, antes de la Revolución Naranja que desalojó del poder a Leonid Kuchma en 2004, y, un año después, en el Líbano, en vísperas de la Revolución de los Cedros, y, tres años más tarde, en las Maldivas, donde el movimiento prodemocracia acabó destituyendo al autócrata local. Todas estas revoluciones exitosas fueron obra de personas que pensaban que lo sucedido en Serbia no era extrapolable a la situación de sus respectivos países.

—Pero si me permite —interrumpió una joven egipcia cuya expresión manifestaba a las claras que no creía una palabra de lo que acababa de decirles—, le hemos oído hablar de conciertos y manifestaciones. Si nosotros hiciéramos lo mismo, Mubarak nos haría desaparecer de inmediato. En Egipto, donde están prohibidas las concentraciones de más de tres personas, es imposible aplicar los métodos que preconiza su grupo. La situación allí es completamente distinta.

—Desde luego —le respondí—, la policía secreta de Mubarak, la *mujabarat*, es una de las más peligrosas del mundo; pero también en el Chile de Pinochet, en los años setenta, la gente era secuestrada en plena calle y arrojada a las mazmorras de la dictadura, como en Egipto. En el caso de Chile, en vez de inundar las calles con protestas colectivas, la oposición convenció a los taxistas de que circularan lentamente. Imagina que estás en Santiago de Chile —le dije a la joven egipcia— y una mañana sales a la calle a comprar unas empanadas y descubres que todos los taxis de la ciudad se mueven a paso de tortuga. Y ahora imagina que ese movimiento se extiende, trata de imaginar a los conductores de todo tipo de vehículos, coches, autobuses, camiones, circulando a quince kilómetros por hora y que lo hacen para manifestar su descontento con el régimen. En cuestión de días, también los peatones se ponen a caminar lentamente por las aceras, la ciudad parece semiparalizada... Antes de que esto sucediera —proseguí—, la gente tenía tanto miedo de abrir la boca para decir lo que opinaba de Pinochet que quienes odiaran al dictador podían creer que nadie más compartía sus ideas. Ahora bien, ver que todo el mundo, en coche o a pie, reduce la velocidad y comprender que eso es una sutil forma de protesta contra el régimen basta para convencer al más escéptico de que casi todos odian al tirano. Gracias a tácticas como ésta, de-

cían los chilenos, la gente acabó comprendiendo que «nosotros somos mayoría y ellos son minoría». Y lo mejor de todo es que nadie corría peligro: ni siquiera en Corea del Norte está prohibido circular a poca velocidad...

La egipcia soltó una carcajada, pero me informó de que una protesta sirviéndose de vehículos circulando lentamente no tendría el mismo efecto en El Cairo, ciudad de incesantes atascos, pero al menos reconoció que podía intentarse algo parecido en su país.

—La mayoría de las veces —continué—, las personas dan una larga lista de razones por las que el suyo es un caso único y su movimiento está destinado a fracasar. Así es la naturaleza humana. En Serbia, por ejemplo, todos me decían que era imposible desafiar a Milošević porque en sus manos condensaba todo el poder: el ejército, la policía, los medios de comunicación públicos. He oído a birmanos decir que la tradicional cultura de obediencia de su país hacía que fuera imposible oponerse a la junta militar. Y cuando voy a Estados Unidos, siempre hay gente que se queja de que a sus conciudadanos sólo les preocupa llenar el carrito de la compra en un Walmart o cortar la extensión de césped con que cuentan sus McMansiones, pero... ¿sabéis qué? Que Martin Luther King Jr. era estadounidense, que hay monjes manifestándose en las calles de Rangún y que Serbia es hoy una democracia.